

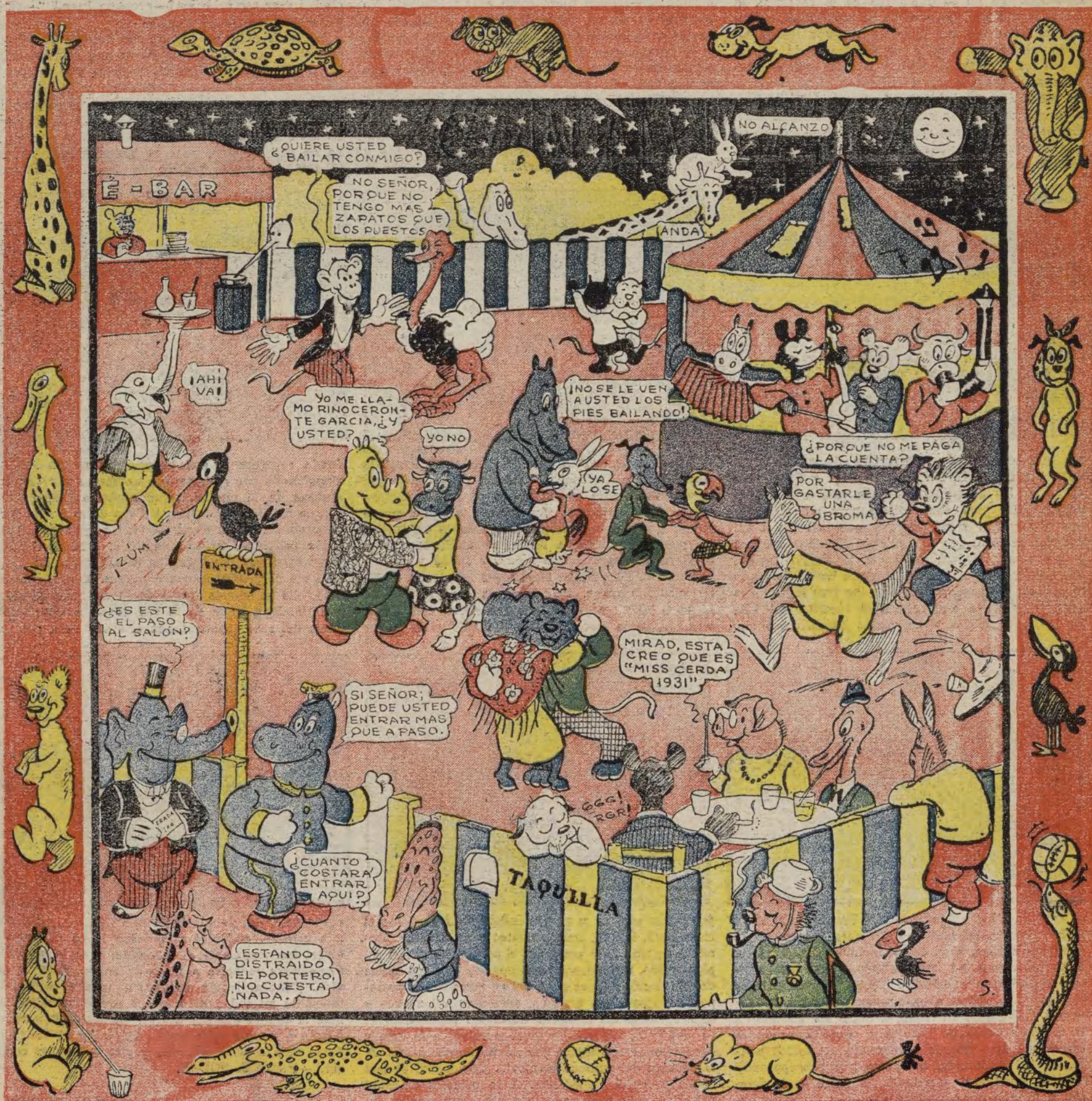
Peromín

10 • céntimos

AÑO III

REVISTA ILUSTRADA SEMANAL PARA NIÑOS. — MADRID

— Núm. 123



En la selva civilizada. Una "kermesse"

Ayuntamiento de Madrid

Narraciones Ejemplares

la única aventura



de fuego. Yo no sé quién iba en el carruaje, ni tampoco me picó gran cosa la curiosidad entonces; lo único que me llamó la atención fué la escolta con sus caballos y con sus trajes de colores y con los botones dorados y con las armas relucientes. Y como a mí, a todos los de la aldea, y en particular a mis dos amigos, que, si mal no recuerdo, nombrábanse Juan el uno y Paco el otro. Estos, que eran muy remalazos, no bien desaparecieron tras del encinar de abajo, coche y escolta, encarándose conmigo, y de buenas a primeras, me

dijeron: “—¡Quién fuera como esos soldados!” Yo participaba de su modo de pensar, admirado de lo que acababa de ver por vez primera en mi vida, y lo mismo que ellos, exclamé: “—¡Ya lo creo! ¡Quién fuera como ellos!” “—No tendríamos que ir a guardar las ovejas—siguió Paco.” “—Ni que traer leña del monte—añadió Juan.” “—Ni aulas—repuse yo, doliéndome de lo que era la más penosa de todas mis faenas, siquiera por los arañazos que me causaba el cogerlas en el monte y traerlas a casa.” “—¡Queréis que vayamos a la

ciudad para ser soldados?—propuso Juan.” “—¡Eso pensaba yo!—afirmó Paco.”

Yo nada dije, no porque no deseara lo mismo que ellos, sino por miedo de lo que sobrevendría. Mi tía Rosa, con quien vivía desde que murieron mis padres, tenía por revoltoso y dado a holgar tanto como Juan y Paco, y de vez en cuando solía darme tal o cual repelón o pellizco, si estaba a su lado, o algún que otro empujón con alguna de sus muletas, pues la buena señora no estaba muy hábil de uno de los pies. Y por mi áni-



ma que tenía cierto remusguillo de miedo a mi excelente tía Rosa. En fin, que Juan y Paco, tras de pintar las bienandanzas de la vida militar, tan desconocidas para ellos cuanto para mí, tildáronme de mandria y cobardón, y que llevaron a tal extremo la cosa, que al siguiente día abandonamos la aldea encaminándonos hacia la ciudad vecina, y esto sin dar parte a nadie y sin llevar más que lo puesto. Bien cumplidas eran las tres leguas que anduvimos hasta abocar con el término del viaje, y bien rendidos y no menos hambrientos nos

hallamos en la gran población, jamás por nosotros vista, cuando llegamos a su seno. ¡Cáspita, y qué buena me habría parecido en otras circunstancias!... Mas entonces ofrecióseme tal, que en medio de tanta gente veíame solo como en un desierto, pues ni conocía a nadie, ni nadie me hacía caso, ni aun parecía que reparase en mí y en mis camaradas. Horas más largas que las de aquel día no recuerdo otras. Ni probamos cosa de comer, ni nada que reanimara nuestro acobardado espíritu. Llegó la noche, y no teniendo sitio mejor

donde recogernos, nos guarecimos en un molino abandonado por ruinoso que habíamos visto en las afueras de la ciudad. ¡Qué noche aquella, santa Virgen del Puerto!... Juan y Paco tiritaban de miedo y no acertaban a rebullirse. Yo, poseído de extraño malestar, tiritaba también, más de frío, y luego sentí que me abrasaba la sed y que la calentura me desposeía de conocimiento. Y sueño, o delirio, ello es que en medio de la negrura de aquellas tinieblas, vime en la era de mi amada aldea, cerca del roble santo donde el señor cura pone el



altar de la Virgen Santísima del Puerto para echar la bendición a los trabajadores antes de comenzar éstos sus tareas. Y vi de modo indudable a mi tía Rosa hincada a mi lado, orando y con las muletas apoyadas en su hombro izquierdo; en frente, y también de rodillas, al señor cura, leyendo la oración a la Virgen; en torno, a todos los vecinos de la aldea, rezando de hinojos o apoyándose en la empalizada que guarda la heredad del ejido; abajo, en la hondonada, el caserío; y sobrepasando tejados, chimeneas y árboles, la torre de la iglesia. A lo lejos las montañas verdes en su parte ba-

ja, azules arriba; y envolviéndolo todo el cielo; el cielo puro, limpio, transparente; y en el cielo, asomándose tras de la montaña, el sol que se alzaba esplendoroso, incendiando los espacios con sus rayos de oro, dando colores a las flores, aromas a los campos, reflejos a los arroyos, armonías a las aves y esperanzas a los hombres de bien... ¡Qué alegría! ¡Y qué pena tan grande sentí al volver a la vida y encontrarme con aquel par de tunos encerrado en la soledad del ruinoso molino!... Comprendí el mal hecho y decidí remediarlo. A la primera claridad del alba, pues pasé toda la noche amodorrado, in-

corporéme, salí de nuestro escondrijo, y seguido por mis colegas, enderecé mis pasos hacia la bendita aldea, tan locamente abandonada, y de la cual iba firmemente resuelto a no salir en los días de mi vida. ¡Nunca, jamás olvidaré aquella aventura, la única de mi vida; ni tampoco olvidaré nunca jamás la tollina que me dió mi tía Rosa para enseñarme a no ser vagabundo! Por algo se dice que “vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer.”—PEDRO J. SOLAS.

(CONCLUSIÓN)



CAPITULO V

LA MUERTE DE MIGUELÍN

A los pocos segundos aparecían los cuatro mejicanos. "¿Habéis visto pasar a un muchacho montado en un caballo blanco?"—preguntaron al ver a Sansón que les miraba fijamente—. Ya lo creo—respondió éste—. En el fondo del barranco ha caído con su caballo.

Al oír esto desmontaron dirigiéndose a una profunda cortadura del terreno



que se vislumbraba a pocos pasos. "¡Ya sois nuestros, malditos!"—exclamó Sansón—, y dando un fuerte golpe a uno, despenóle barranco abajo. Pero los otros tres, volviéndose rápidos, lanzáronse sobre el gigante con violencia.

Mas uno de ellos sintió que una cosa negra se le enredaba entre las piernas haciéndole caer. Era "Sambo". Al instante, Jaime le apoyaba una rodilla en el pecho y poniéndole al tiempo la pistola en la frente le intimó: "¡Ríndete!" Mientras tanto, Sansón no había estado inactivo. Su maza, describiendo un semicírculo fué a estrellarse con la violencia del rayo sobre la espalda de uno, haciéndole rodar como un fardo. El que quedaba sano y salvo, viendo el fin corrido por sus tres compañeros, puso pies en polvorosa huyendo en dirección a los caballos; pero no había contado con la huésped; y la huésped era la mano de hierro de Sansón que, atrapándole por el cuello, lo levantó en vilo, le hizo dar media vuelta, y como si fuera una pluma le estrelló contra el suelo; en seguida plantóse a donde "Sambo" y Jaime contenían al otro: "¡Bravo! ¡Bravo!"—exclamaba el negro—. Hermano blanco, mucho, fuerza, bien". "¡Bueno Carbonilla—repuso Sansón—. Tú también has estado hecho un valiente. ¡Alza, bandido!"—exclamó dando con el pie al hombre que apuntaba Jaime con la pistola—. "Tú vas a pagar por el daño que hayáis podido hacer a Miguelín". Y alzando su terrible puño iba a descargarlo sobre el aterrorizado mejicano, cuando Jaime se interpuso. "¡Quietos!"—exclamó—. ¡Nosotros no somos asesinos!" Sansón se detuvo refunfuñando. El gusto del gigante habría sido el de aplas-

tar entre sus manos a los bandideros. "Entonces, ¿qué hacemos? ¿Les pedimos perdón por los coscorrones y les convidamos a comer?" "¡No!"—respondió el muchacho—, tengo mi plan, acercáos. Quitaremos los trajes de los prisioneros, disfrazados de mejicanos entraremos en Méjico, y una vez allí nos jugaremos la vida por salvar a nuestro compañero. ¿Qué os parece?" "Que tú tienes más talento que entre todos juntos, y que yo soy un besugo en escabeche. ¡Hala, Carbonilla, vamos a quitar a estos tunos el distras!"

En pocos minutos nuestros amigos se transformaron en mejicanos con los trajes de éstos, luego les ataron a conciencia y montando a caballo, partieron hacia la capital. Disfrazados como iban, fácil les fué entrar sin despertar sospechas. Se veía gran revuelo entre los habitantes. "¿Qué pasa?"—interrogó Jaime a un mulato que daba grandes voces". "¿No lo sabéis?"—dijo éste—. Pues que dentro de dos horas van a fusilar a un mozo, hijo de un general enemigo". "Y estará preso por aquí cerca, ¿verdad?" "¡Si; ahí mismo en esa casa; mirar, desde aquí se ve al preso!"

Los tres amigos volvieron la cabeza, reprimiendo un grito de alegría al ver

(Continuará)

EL CARBONERO Y LA LAVANDERA



A Juana la Lavandera

Pedro el Carbonero vió, y la dijo: —Mira, yo casar contigo quisiera. Respondió: —No puede ser, porque lo que yo lavase, cuando usted se me acercase lo había de ennegrecer.

No se junte el inocente muchas veces al malvado, porque si el trato es frecuente al fin quedará tiznado.

José Agustín Ibáñez de la Rentería.



No es nota aís, A. B. qui-
to, que el mérito de
E. E. tá en hac. VION mu-
ch. co. SA, sino en ha Cr
bien, a 1.º que se ha
gan por 2.º apli-
D. vocio NE. no juz-
ga X el 12 D. ellas, sino
X el mo. D. practi Kz
NOTA LA. G. D. n.

Solución de la carta anterior

La felicidad no se encuentra, buscando la satisfacción de los propios deseos, sino procurando agradar a los demás, porque si se busca la propia satisfacción tendremos la oposición de los demás y si se procura agradar a los demás, todos procurarán agradarnos a nosotros. En una palabra: no el egoísmo, sino la generosidad es la que da la felicidad.

Jeromín

COLMO.—¿Cuál es el colmo de un filósofo?

—Tener varias lenguas y quedarse mudo.

PARECIDO.—¿En qué se parecen un brillante y una estrella?

—En que brillan.

CHISTE.—El niño.—Mamá, ¿por qué los bárbaros se llaman así?

—Porque todos tienen barba.

La Peña Jerominista burrianense

COLMO.—¿Cuál es el colmo de un albañil?

—Hacer una obra de misericordia.

Francisco Murillo (Fuenteovejuna)

CHISTE.—El niño.—Estuvimos yo y mi mamá.

El vecino.—Debes decir mamá y yo.

El niño.—Pero si usted no vino.

José María A. Ripolles (Nules)

PARECIDO.—¿En qué se parecen un capitán y un salchichón?

—En que los dos llevan medallas.

Mariano Ballester (Alcantarilla)

CHISTE.—El maestro.—¿Cuántas clases de poesías hay, JEROMÍN?

—Tres: poesía lírica, poesía dramática y poesía...

JEROMÍN vacila y el profesor le dice para ayudarle: —Poesía epi...

JEROMÍN.—¡Ah, sí! Poesía epidémica.

José García Asturiano (Huelva)

COLMO.—¿Cuál es el colmo de un fotógrafo?

—Fotografiar con la máquina de un tren y revelar un secreto.

Vicente Martínez (Valencia)

PARECIDO.—¿En qué se parece un sembrero a un pájaro?

—En que los dos tienen alas.

Luis Martín Ramos (Ciudad Rodrigo)

COLMO.—¿Cuál es el colmo de la sed.

—Beber los vientos.

Antonio Ramírez (Hellín)

CHISTE.—Jeromín.—Oye, Cascarilla, ¿a que no sabes decirme cuál es la puerta que, estando cerrada, pasan los carruajes?

—¿...?

Jeromín.—Puerta Cerrada.

Carlos Ramos (Madrid)

PARECIDO.—¿En qué se parecen una tienda de espejos al firmamento?

—En que tienen luna.

Isidro Sánchez (Ciudad Rodrigo)

CHISTE.—¿Cuál es la cosa que no se puede nombrar sin romperlo?

—¿...?

—El silencio.

José Martínez (Ontur)



EL SOPLO MISTERIOSO

Veréis qué bonito. Encended una bujía y colocando delante de ella, a quince centímetros de distancia, una botella, podéis apostar con seguridad de que ganáis a que apagáis la bujía soplando a "través" de la botella. ¡Eso es un disparate!, dirán quien os escuche. Entonces vosotros (el que haga el experimento) soplará sobre la botella desde una distancia aproximada de quince centímetros, y la bujía se apagará como si hubiérais soplado directamente sobre ella. La causa es la misma que la indicada para los anteriores ejemplos.

Os será fácil comprobar, en el ejemplo de hoy, esas reacciones del aire soplando con la boca llena de humo de tabaco.

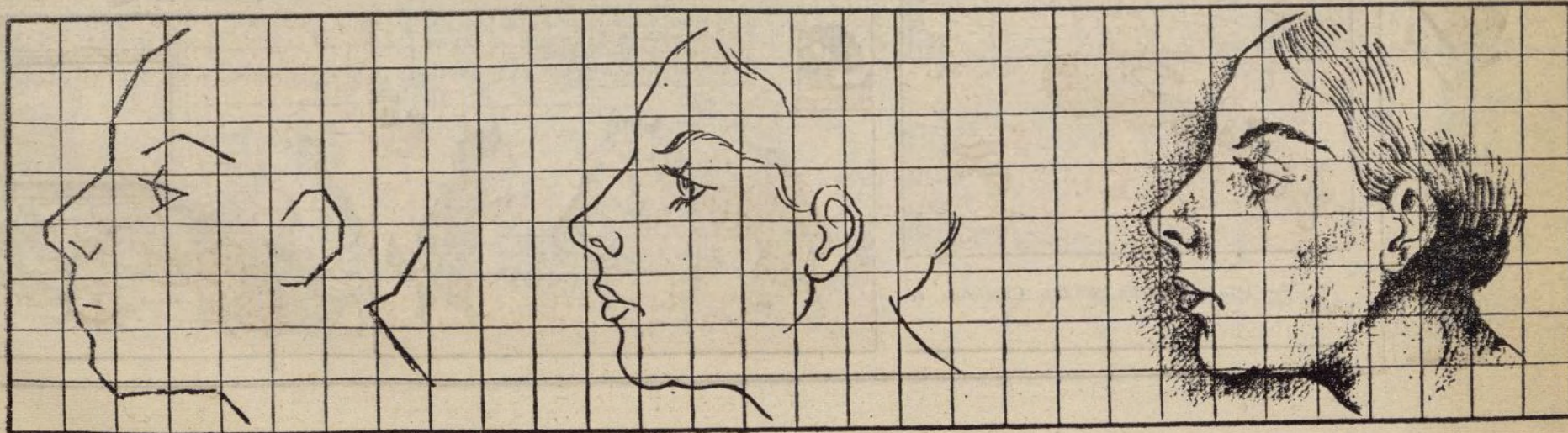
ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

Lo que en el calendario abunda y mucha parte del mes forman el nombre de una fruta que a mí me gusta comer. (La solución en el próximo.) Solución del anterior.—San Fe-de-rico.

FUGA DE VOCALES

Y. n. l. t. m. . l. m. rt.,
q. . m. r. r. s. n. tr. l.
l. q. . t. m. . s. l. c. nt.
q. . m. D. s. t. ng. q. . dar.

RESULTO, POR ATONTADO, SER UN PESCADOR PESCADO



LA MONTAÑA DEL MISTERIO

NARRACIÓN EMOCIONANTE LLENA DE MISTERIO Y AVENTURAS



Repuesto de su asombro al ser acusado de traición, Jim miró a la joven misteriosa que estaba ante él y la dijo: "—Usted no tiene razón al acusarme de perjurio. Es verdad que paseaba a caballo con mi tío y Mr. Taylor en el bosque; pero era con la esperanza de poder advertir a usted que mi



tío había visto al mensajero que usted envió. Oí hablar a mi tío con Mr. Taylor y que intentaba seguir la pista del negro y averiguar el por qué de su estancia cerca de la Hacienda." Mirándole dulcemente la joven misteriosa iba a replicar, cuando se abrieron las cortinas y aparecieron dos negros ves-



tidos de dril, seguidos de cerca por un hombre de lengua barba y alta estatura que vestía una blusa blanca de trabajo, como las de los cirujanos en los hospitales. "—¿Quién está aquí?—preguntó, severo." Y contestó la joven misteriosa: "—Jim King, sobrino del colono Mr. Fraser, que hace po-



co llegó de Inglaterra, tío, y le he traído aquí para que me diga algo que necesito conocer." "—Has hecho mal—le replicó el viejo riñendo—. Debiste consultarme antes de tener un extraño aquí." Y volviéndose a Jim, le dijo: "—Niño; sígueme." A estas palabras, la joven misteriosa



miró turbada a su tío y quiso labiar; pero éste la impuso silencio con la vista, y poniendo una mano sobre el hombro de Jim, le condujo a través de un arco con cortinas. Unos negros las levantaron y se inclinaron con respeto; y en el momento en que Jim miró hacia atrás, a la joven misteriosa, las



dejaron caer, interponiéndolas entre la joven y él. En silencio, fué conducido Jim a lo largo de un corredor, y, pasada otra puerta, entraron en una habitación en que había mesas cargadas con instrumentos científicos. El hombre misterioso se sentó, y mirando a Jim severamente, le ordenó: "—Cuén-



teme ahora todo lo ocurrido." Así lo hizo Jim, con timidez, y después de oído, le dijo el sabio, terminantemente: "—Bien. Ya está usted aquí y es preciso que siga aquí." Y levantándose de la silla le condujo a una pequeña cámara, añadiendo: "—Aquí estará, hasta que piense detenidamente lo que he de hacer con usted." Jim entró en el cuarto, y una



pesada puerta se cerró tras él. Asustado y fuera de sí trató Jim de abrir la puerta; pero estaba sólidamente atrancada. Era un prisionero. "—¿Qué haré?—exclamó aniquilado—. ¿Qué pensará el tío Bob cuando vea que no me halla?" Recorriendo el cuarto que le aprisionaba, miró por una abertura de la pared, que servía de ventana, y pensó: "—Qui-



zá pueda huir por ahí." Subiéndose a una pequeña mesa miró por la ventana, y dió un grito de pavor; debajo de ella se erguía la falda de la montaña, lisa, escarpada, rocosa, de cien pies de altura, de imposible descenso. Estaba, pues, recluido en la Montaña del Misterio.

(Continuará.)

VICTIMAS DE UN DELITO, SE TRANSFORMAN EN NEGRITOS





LA TAPICERIA EN ESPAÑA

Llámase "tapiz" a un tejido complicadísimo realizado con hilos de variadísimos colores (miles de éstos) con que se reproducen bellísimos cuadros. Estos tapices suelen tener precios altísimos y los de mayor antigüedad y perfección valen millones de pesetas. Pues bien, España fué maestra en la fabricación de tapices (y sigue siéndolo) desde épocas remotísimas. Los visigodos fabricaban y exportaban maravillosos tapices. Los más célebres se fabricaban en Cuenca (Edviri).

CHISTE.—Entre baturros: —¿Te comerías un pedazo de carne que lu hubiese llevado un animal en la boca?

—Yo no, y tú.
—Pues yo sí; ahora mismo me voy a comer una lengua de ternera.

Felipe Plaza (Ciudad Rodrigo)

PARECIDO.—¿En qué se parece el cielo por la noche a un capitán?

—En que los dos tienen estrellas.
M. Roncal (Madrid).

COLMO.—¿Cuál es el colmo de un dentista?

Arrancar una muela a la boca de un tjnel.

Rafael Acero (Madrid)

COLMO.—¿Cuál es el colmo de un cerrajero?

—Cerrajar las hojas de un libro con un cerrojo.

Mariano Gómez, González
(Perales de Tajuña)

CHISTE



—Ayer a llover a casa vi una sombra a través de los cristales, y ¡pum!, le pegué un tiro.

—¿Y quién era?

—Nadie. Era mi gabán que estaba colgado allí.

—Pues ya fué suerte que no lo llevara puesto.

JEROMIN

Revista ilustrada semanal para niños

Paquete de 10 ejemplares en adelante: 7 céntimos ejemplar

SUSCRIPCION: 5 PTAS. AÑO

PAGO ANTICIPADO

Toda la correspondencia al Apartado 466.—MADRID



1.º La posición de Jeromín con las banderas indica la letra Q.



2.º Con la letra inicial de las cosas dibujadas formad el nombre de una capital de España.



3.º Sombra chinesca. La solución del anterior es: Valladolid.

La mejor ciencia

CARLITOS EL LADRONZUELO

Carlitos, el que quiso robar la urraca, descubrió otro día desde su ventana, que daba a la huerta de su vecino, un manzano cargado de hermosos y tentadores frutos. Bajó corriendo y se introdujo en el huerto, arrastrándose como una culebra, por un agujero que había en la tapia y, a toda prisa, se llenó los bolsillos de ricas manzanas. Mas, de pronto, aparece el dueño con un hermoso palo en la mano; Carlitos salió corriendo en dirección al agujero por donde había entrado, para escaparse de la paliza que le amenazaba; pero ¡oh desgracia!, como llevaba los bolsillos llenos de manzanas, quedó atascado sin poder pasar por el agujero. Así fué atrapado por el amo del huerto, obligando a restituir las manzanas, recibiendo por la-



ESPAÑA MONUMENTAL Y ARTISTICA



1.º La Granja.—Fuente de la fama.



2.º Tiopolo.—La Concepción.

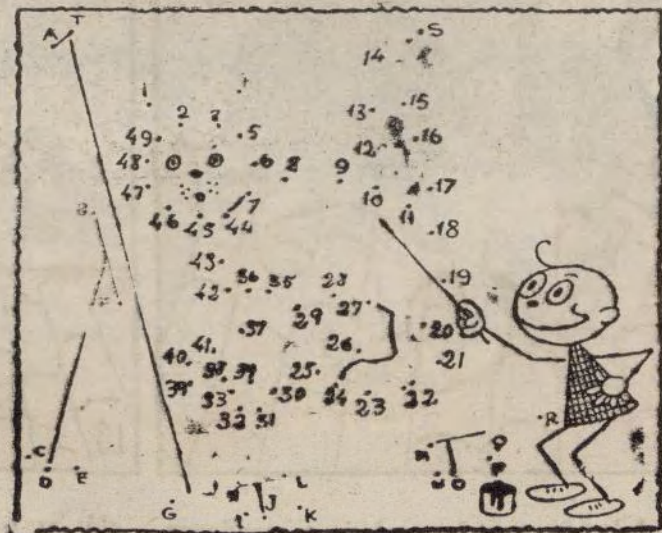


3.º Gerona.—Escudo y tipo regional.



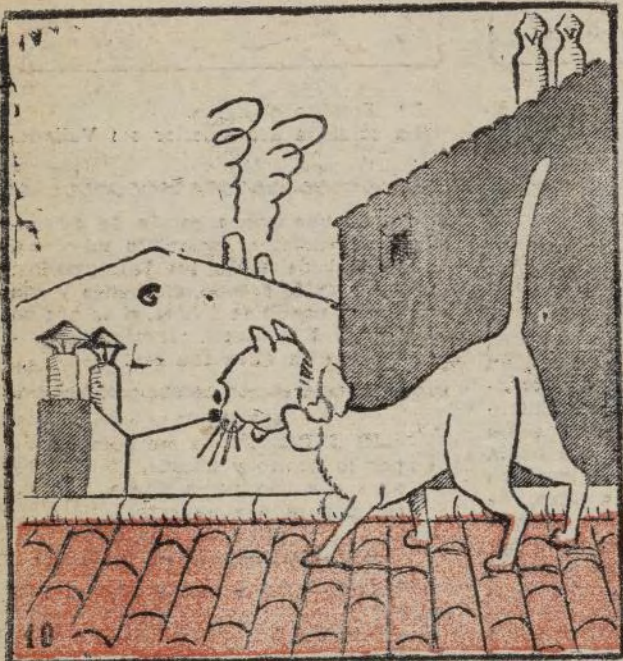
1.º Unid las letras por orden alfabético de la A a la T y los números del 1 al 49 y sabréis lo que está haciendo "Churrete".

2.º Este niño corre despavorido en busca de su padre porque ha visto un toro. ¿Dónde están el papá y el toro?



AVENTURAS DE PIRACAS

PELÍCULA FELINO-CÓMICO-TRÁGICA POR CARLOS



Un mundo nuevo se ponía ante sus ojos. Allí había campo para poner en práctica sus sueños aventureros. —¡Esto es vida!—decía



Pirracas bailoteando y respirando aquel aire de libertad, libre de las fiscalizadoras miradas de sus padres y los constantes cuidados



de su ama. Pasa frente a él otro gatito y en seguida pensó en hacerse amigo suyo. Lo llama cariñosamente y el desconocido no le



hace caso. Falto de la debida experiencia de saber con quién se puede trabar amistad, Pirracas le da un manotazo amistoso. No le



sentó bien al desconocido aquella confianza y le contestó con un prolongado bufido. Nuestro pequeño creyó que aquello era una



broma y volvió a darle otro pequeño golpecito. —¡Mal educado!... ¡grosero!... ¿qué motivos tienes para tomarte estas confianzas



conmigo?—y le propinó una buena zarpada. A los gritos acudieron los vecinos, y entre todos le dieron una soberana paliza. Maltre-



cho y dolorido por los golpes y arañazos, recordaba que en cierta ocasión le recomen-



dó su padre que no se tomara confianzas con quien no conocía.

(Continuará)